

BX4655

CT6

1864

v.

c.

JULIO. DIA I.

3

qué tranquila su preciosa muerte! No hay en el mundo hombres mas afortunados. ¡ Con qué gusto, dijo nuestro santo, iria yo á visitar á estos ángeles humanos! Con mayor, replicó Juan, los imitaria yo. Pues vamos á verlos, añadió Simeon, que acaso nos concederá el cielo esa gracia. Tomada esta resolucion, despidieron los criados con los caballos, y desviándose del camino real, siguieron una estrecha senda que guiaba á los monasterios.

El primero que encontraron fué el de san Gerásimo, cuyo abad era san Nikon. Hallaron á la puerta un venerable anciano que los recibió con tanto agrado, con tanto amor y con tanta alegría como si ya los hubiera estado esperando por revelacion divina. Observaron el profundo silencio que reinaba en el monasterio, el grato y cariñoso recibimiento que les hizo el abad, la modestia, y no sé que aire de santidad que resplandecia en todos los monjes, su humildad, su mortificacion, y en medio de tanta austeridad una dulzura y una alegría celestial. Todo les admiró, todo los enamoró, y desde el mismo dia tomaron la resolucion de no volver mas á Edesa y dejarlo todo por amor de Jesucristo.

Creciendo por instantes su fervor, se declararon con el abad, haciéndole tan vivas instancias para que los admitiese en el número de los religiosos, que al fin les cortaron el cabello y les dieron el hábito de monjes. Fué tanto el fervor con que emprendieron su noviciado, y tan rápidos los progresos que en breve tiempo hicieron en el camino de la perfeccion por su fiel correspondencia á la gracia, que al cabo de pocos dias los proponian por modelos.

Sin embargo de ser tan austera la vida que se profesaba en aquel célebre monasterio, todavia le pareció á Simeon demasidamente suave; llevábale la inclinacion á mayor retiro. y explicándose con su



DONATIVO



UANL  
FONDO  
GENERAL HISTORICO

fiel amigo, le dijo que se sentia interiormente movido á ir á acabar sus dias en alguna soledad mas retirada y mas áspera. *Pronto estoy á seguirte*, le respondió Juan; *mas para no proceder con lijereza, y para conocer si es de buen espiritu ese impulso, seria yo de parecer que lo consultásemos con nuestro santo abad, y una vez que él lo apruebe, aseguramos el acierto. Vengo en ello*, replicó Simeon, *vamos á declararle nuestro intento, y nos conformaremos ciegamente con su resolucion.* Era el santo abad un hombre dotado de grande discrecion, y desde luego comprendió que lo que se le proponia no nacia de ilusion ni de lijereza, pareciéndole tan clara la vocacion de Dios, que no debia oponerse á ella; y así, abrazándolos tiernamente y dándoles su bendicion, les dijo: *Id, hijos mios, en buen hora, y seguid al Espiritu Santo que os conduce al desierto, procurando ser fieles á gracia tan singular.*

Con este seguro pasaporte partieron alegres los dos solitarios, y tomaron el camino hácia el mar Muerto, en cuyas márgenes, despues de haber caminado algunos dias, hallaron una celdilla abandonada por haber muerto poco tiempo antes el anacoreta que la ocupaba; y pareciéndoles ser aquella la estancia con que los brindaba la divina Providencia, se establecieron en ella, rindiendo mil gracias al Señor por habérsela preparado.

Toda su ocupacion se reducía á ejercicios de oracion y de penitencia: aquella era de todas horas; y el sueño que tomaban recostados sobre unas piedras apenas la interrumpia. No era posible vida mas penitente; el ayuno era continuo, y el poco alimento que tomaban nueva y no poco rigurosa penitencia. En fin, á su vida, en todo parecida á la de los primeros fundadores del estado *monacal*, solamente le faltaba la prueba de la tentacion. Preparósele el infierno

abundantemente con todo género de ellas; la memoria de lo que habian dejado, la absoluta falta de todo, el tedio, el disgusto y las mas vergonzosas tentaciones los hubieran sin duda derribado, á no haberlos sostenido la divina gracia. Traian continuamente á la memoria el objeto de su primera resolucion, el ejemplo de tantos santos y el fruto que perderian de tantos trabajos padecidos; pero su principal recurso era la oracion: animábanse reciprocamente en sus santas conversaciones; aumentaban las penitencias, y al paso de ellas crecia su confianza en el Señor, por cuyos medios, y con el auxilio del cielo, consiguieron en fin una completa victoria.

Casi diez y nueve años habia que nuestros dos solitarios vivian en aquel espantoso desierto, entregados totalmente á los ejercicios de la mas dura penitencia, cuando de repente le asaltó á Simeon un vivisimo pensamiento de abandonar la soledad, y de irse á meter en medio del mismo mundo, para combatirle cara á cara con un género de armas verdaderamente poco usadas hasta entonces. Era su idea fingirse loco, y humillarse voluntariamente á los ojos de los hombres con afectadas demostraciones de una locura aparente, para confundir (decia él) con esta humillacion la vana sabiduria de los hijos del siglo, y atacar el orgullo humano en sus últimos atrincheramientos. Comunicó este plan á su amado compañero, que, sobresaltado al oír resolucion tan extraordinaria, no omitió razon alguna para desviarle de ella; pero nuestro santo se mantuvo inflexible en su meditado intento. *Es cierto*, decia Simeon, *que es oscura, y que no deja de ser penitente la vida que aquí hacemos; pero mi amor propio se halla bien en esta quietud, y hasta el orgullo como que no deja de fomentarse con la misma penitencia. A mí nadie me ejercita; ¿y quién saldrá por fador de que al cabo*

*Llegaré á domar este enemigo cascro?* Juan por el contrario le hacia presente cuanto juzgaba debia representarle contra un proyecto tan extraño como resbaladizo; el tierno amor que profesaba á tan caro compañero le sugería mil razones tan sólidas como eficaces para disuadirle aquella idea; los peligros á que se exponía, los lazos del enemigo comun, y la facilidad de descaminarsè por una senda tan desconocida como poco trillada; pero la inspiracion era tan fuerte, y la voz de Dios al corazon se percibia tan clara, que no le fué posible hacer mella en Simeon. Separáronse, en fin, los dos tiernos amigos, deshaciéndose en dulces lágrimas, pero con recíproca palabra de volverse á ver antes de morir. Nuestro santo partió segunda vez para ir á visitar los santos lugares de Jerusalem, donde renovó su resolucion con la memoria de los abatimientos y humillaciones que padeció el Señor en aquella ciudad, queriendo tambien ser reputado por loco en la corte del rey Herodes; y desde Jerusalem se fué directamente á Emesa de Siria, donde pasó el resto de su preciosa vida.

Desde aquel punto fué el único objeto de su santa ambicion todo aquello que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Dió principio á su representacion mezclándose con los muchachos y con los niños, jugando con ellos en las calles y plazas públicas. Afectaba mil extravagancias en medio del populacho; metiase en los corrillos, y trataba conversaciones tan ridiculas como impertinentes; fingia unos movimientos, un aire, una conducta y unos modales tan dignos de risa, tan extravagantes y tan opuestos á toda buena razon, que unos le tenian por tonto, otros por loco, y los mas eran de parecer que tanto tenia de uno como de otro.

No hay hombre tan ambicioso de aplausos, como nuestro santo lo fué de abatimientos y desprecios.

Hecho la risa del pueblo y el juguete de los muchachos, todo su gusto era verse harto de oprobios, y cuando á estos se añadian los palos, lo que no sucedia pocas veces, entonces brincaba de contento y se reia. Teniase esta insensibilidad por prueba concluyente de su locura; y lo era de su heróica virtud.

No era su único fin hacerse despreciable á los ojos de los hombres; pretendia tambien ganar almas á Dios por medio de cien industrias. Algunas veces quedaban todos admirados oyéndole entre sus extravagancias muchas verdades importantes que hacian impresion, y algunos se aprovechaban de ellas; de manera que aquella aparente locura, en suma, era un velo con que cubria las gracias que le hacia Dios, y un artificio variado, por una parte para ocultar, y por otra para asegurar el éxito de muchas buenas obras. Buscaba algunas veces las mujeres perdidas, dábales del dinero que recogia, divertialas con sus graciosos desvarios, y todo era para hallar ocasion de reprenderles su desordenada vida; medios irregulares y extraordinarios, que en otros serian perniciosos, y á Simeon le salieron tan bien, que el imaginado loco hizo cuerdos á muchos, sacando del infeliz estado de la culpa á muchas personas de todas clases y edades, y retirando del vicio á no pocos jóvenes disolutos, y á no pocas mujeres perdidas; pero de nada se guardaba tanto Simeon como de que llegasen á conocer lo que verdaderamente era.

Cuando se encontraba en la calle con algunos energúmenos, conociendo que el Señor los queria librar de aquel trabajo por su intercesion, mezclábase entre ellos, remedaba sus gestos, contorsiones y movimientos; si ellos gritaban, él gritaba mas que todos; y por este medio se hallaban libres del maligno huésped que los molestaba, sin que á ninguno le ocurriese que por sus méritos les concedia el cielo aquella gracia.

A la sombra de este diluvio de abatimientos oculataba tambien sus rigidas penitencias. Su ayuno era rigoroso con exceso; por lo comun se le pasaban tres dias naturales sin comer ni beber, y algunas veces toda la semana. Entrábase en los figones públicos; sentábase á la mesa con los hombres mas perdidos; tenialos divertidos con sus graciosos dichos y extravagancias, sin que advirtiesen que no comia bocado; encajábales á vuelta de eso unas verdades y unos desengaños que les pasaban el alma, pero sin conceder jamás la menor indulgencia á sus sentidos. En medio de una vida al parecer tan disipada, nunca se dispensó en sus mortificaciones ordinarias, ni perdió un punto de su recogimiento interior. Dormia no mas que dos ó tres horas por la noche, sin mas cama que unos manojos de sarmientos, pasando lo restante en oracion, acompañada siempre de copiosas lágrimas. Muchas veces le veían como estático, fijos los ojos en el cielo, encendido el rostro por la fuerza del fuego divino que interiormente le abrasaba; pero tenia tal arte para disfrazar estas exterioridades, que todas se atribuian á efecto natural de su locura.

Comunicóle Dios muchos dones sobrenaturales, y entre otros el de profecía, con el que pronosticaba las cosas futuras; pero siempre rebozándolas de manera que no despertase la curiosidad, ni causase admiracion. Entró un dia en cierto edificio público sostenido por muchas columnas; llevaba un látigo en la mano, y comenzó á dar grandes azotes á algunas de ellas, diciendoles al mismo tiempo: *Teneos firmes, que presto os harán bailar.* Así pronosticó un violento terremoto que sucedió pocos dias despues, y se notó que cayeron en tierra todas las columnas menos las que el santo azotó.

Con arte semejante profetizó el estrago que hizo la peste en Emesa, diciendo á muchos niños de la es-

cuela que se dispusiesen para hacer un viaje largo; y fueron puntualmente los mismos á quienes el contagio echó en la sepultura. Curó repentinamente á no pocos enfermos solo con hacer el loco en presencia de ellos. En fin, su mayor estudio era disfrazar todo lo bueno que hacia, y salió tan eminente en este divino arte, que, como observa con discrecion el autor de su vida, aquel mismo Señor, que acostumbra hacer milagros para manifestar á sus santos, parece que cada dia hacia muchos mas para oscurecer á este. Sin embargo, algunos siervos de Dios mas iluminados no dejaban de descubrir su heróica virtud por entre los celajes de su profunda simulacion. Finalmente llegó á tanto la insaciable hambre de verse humillado, que, habiéndole acusado una mujer de mala vida, imputándole ser padre del fruto que tenia en sus entrañas, no solo sufrió el santo esta confusion sin decir una sola palabra en su defensa, sino que se portó de un modo extraño, haciendo creer á los incautos que la acusacion nada habia tenido de calumnia. Pero volvió el Señor por su inocencia, atormentando á la infeliz mujer con tan crueles dolores en su parto, que jamás pudo dar á luz la criatura hasta que públicamente se desdijo, declarando quién era su verdadero padre.

Advertido Simeon por revelacion divina de su cercana muerte, quiso cumplir la palabra que habia dado á su antiguo y fiel amigo de que le volveria á ver antes de morir, y se fué al punto á su primera soledad. Quedó agradablemente sorprendido su amado compañero cuando le vió en su presencia; abrazáronse tiernamente, y fueron las dulces lágrimas de entrambos intérpretes fieles de su reciproco gozo. *Vesme aqui,* dijo Simeon, *que por la gracia de mi Señor Jesucristo he acabado mi carrera, hallándome ya al fin de ella; vengo á cumplir mi palabra y á darte el último*

*abrazo*. A estas palabras volvió á reanovarse el llanto; pero le interrumpió la relacion que hizo Simeon de las grandes misericordias que Dios habia obrado con él, y de todas sus no menos raras que ejemplares aventuras. Admiró el bienaventurado Juan los extraordinarios caminos de la divina Providencia; bendijo mil veces al Señor, y despues de recomendarse los dos reciprocamente á sus oraciones, se volvió Simeon á Emesa, donde hizo reservada confianza de toda su vida al huésped que le tenia en su casa, y era un diácono de aquella iglesia, hombre caritativo y piadoso, que ya habia sospechado se ocultaba algo de extraordinario en la conducta de Simeon. Exigióle un inviolable secreto por toda su vida, y le suplicó le permitiese retirarse algun tiempo á cierto rincon muy escondido de la misma casa.

Pasados dos dias sin que el santo pareciese, quiso saber el diácono si estaba enfermo; pero hallóle ya difunto y cubierto con los sarmientos que le servian de cama. Ya todos estaban desengañados de lo que verdaderamente era Simeon, manifestada visiblemente su heroica santidad; por lo que fué su muerte acompañada de la pública veneracion, y el Señor acreditó sus merecimientos con muchas maravillas. Fué levantado el santo cuerpo del cementerio donde le habian dado sepultura; y publicando cada uno lo raro y prodigioso que habia observado en aquel siervo de Dios encubierto, fácilmente se reconocieron los primorosos rasgos de una sabiduría cristiana, escondidos con el velo de una simpleza aparente. Consagró la Iglesia universal su memoria con el honor del sagrado culto que le decretó; y no parece posible suba á mas elevado punto el amor y la ansia de los abatimientos, que el que admira nuestra veneracion y nuestra confusion en este santo singular.

---

SAN CASTO Y SAN SECUNDINO, MÁRTIRES.

Los admirables prodigios que se dignó obrar el Todopoderoso por medio de san Casto y san Secundino para confusion del gentilismo en tiempo que el impio Diocleciano suscitó contra la Iglesia una de las mas sangrientas persecuciones que padecieron los fieles, hicieron célebre la memoria de estos dos ilustres mártires de Jesucristo en todo el orbe cristiano, cuyos actos refiere la iglesia de Gaeta en los siguientes términos.

Quejáronse agriamente los sacerdotes gentiles al emperador Diocleciano sobre la disminucion del culto y sacrificios de los dioses romanos, nacida de la multitud de idólatras, que se convertian á Jesucristo en virtud de la predicacion de Casto y Secundino, acompañada de los muchos milagros con que confirmaban su doctrina evangélica. El príncipe adicto á las supersticiones paganas no oyó con indiferencia semejante delacion, que en su concepto era el mayor crimen que podian cometer sus súbditos. Dió orden al momento al presidente de Campania, llamado Curbo, hombre bárbaro y cruel, zeloso como el que mas del culto de sus idolos, para que castigase severamente á Casto y Secundino. Buscólos sin dilacion este tirano, y habidos en su presencia, comenzó en tono airado á reprender sus procedimientos contra las leyes del imperio, intimándoles que sacrificasen á los dioses romanos, ó que se dispusiesen á morir á fuerza de exquisitos tormentos.

Oyeron los santos con tranquilidad de ánimo la agria reprension del presidente; pero despreciando con valentia de espíritu sus amenazas, le respondieron que, siendo siervos del verdadero Dios, criador

del cielo y de la tierra, no podian adorar á los falsos dioses, representados en vanas estatuas. Irritado el tirano con tan generosa respuesta, mandó ponerlos en una dura prision, con órden de que no se les diese cosa alguna de comer ni beber; pero el cielo les surtió abundantemente por ministerio de un ángel. Pasados algunos dias los hizo comparecer á su tribunal, y pareciéndole que para rendir á unos hombres de aquel carácter, seria medio mas poderoso la urbanidad, que el rigor, principió á decirles, que extrañaba mucho de su nobleza, que hiciesen mérito para ser castigados públicamente; añadiéndoles por último que, en el caso de resistirse á sacrificar á los dioses romanos, los mandaria arrojar á los leones. Ejecutó así, no habiendo condescendido los mártires con su pretension; pero olvidándose las fieras de su condicion, se postraron á los piés de los santos, lamiéndolos en ademan de veneracion, cuyo prodigio contribuyó no poco á la conversion de muchos paganos.

Volvieron los ministros á la prision á Casto y Secundino, los cuales suplicaron al Señor se dignase tener de ellos misericordia y confortarlos para el combate con los enemigos de la fe. Concluida esta oracion, descendió sobre ellos una brillante luz, y de ella se oyó una voz que les decia: *La paz sea con vosotros, esforzados militares, no temais las asechanzas del demonio, ni los tormentos del inicuo juez, ni de sus ministros; pelead fuertemente, que yo estoy con vosotros, hasta introducirnos en la eterna mansion, donde permaneceréis sin fin con vuestros hermanos.* Concurrió al calabozo una multitud de creyentes en Jesucristo para visitarlos; de lo que mas irritado el presidente, haciéndolos comparecer tercera vez á su presencia, insistió con tenacidad en el empeño de que sacrificasen á sus dioses añadiendo, que mandaria quemarlos vivos en caso de resistirse.

*Temán,* respondieron los santos, *á tu poder aquellos que temen incurrir en la ira de tus dioses; pero nosotros, en el nombre del nuestro, no tememos á ti, ni al fuego temporal; pues tenemos á un buen Salvador de nuestras almas, que puede hacer que nos sirvan de refrigerio las llamas.* Viendo el tirano el ningun caso que hacian los santos de su conminacion, mandó encender una hoguera y arrojarlos á ella amarrados; pero bendiciendo á Dios los ilustres confesores en medio del incendio, le apagó maravillosamente un ángel del Señor. Admirado el tirano de tan repentino prodigio, y de que ni á un solo cabello hubiese ofendido el fuego, quiso atribuir la maravilla á las malas artes de que eran notados los cristianos por los gentiles en casos semejantes. Pero Casto y Secundino le hicieron ver que estos milagros los obraba el verdadero Dios en favor de sus siervos para confusion de los enemigos de la verdad.

Mas y mas enfurecido el tirano con los discursos de los santos, los quiso aterrar diciendo que dispondria que sus ministros les quebrantasen los dientes á golpes de piedra, y que mandaria cortarles la lengua, para que de este modo no pudiesen predicar á Jesucristo, lo que puso en ejecucion, visto el desprecio que manifestaron los santos á tan terrible castigo. Vueltos á la prision, se presentaron al siguiente dia en el tribunal tan sanos, como si jamás hubieran padecido la mas minima lesion. *Decidme,* les preguntó el presidente, nuevamente admirado, *¿quién es vuestro Dios, en el que teneis tanta confianza, que os burlais de los nuestros sin temor de los tormentos?* *Nuestro Dios,* respondieron los santos, *es el verdadero y omnipotente, que por su virtud crió al cielo, á la tierra y al mar, y á todas las criaturas, por quien subsistimos, del que tú estás separado.* Burlado el tirano en presencia de todos, no teniendo con que sa-

tisfacer á una tan justa, como racional reconvenccion, mandó azotarlos cruelmente; pero haciendo los ilustres confesores oracion al Señor para que se dignase obrar uno de sus acostumbrados prodigios, capaces de manifestar que era el verdadero Dios, quedó el tirano ciego de repente.

Recurrió este en semejante conflicto á sus dioses, fundando el mérito de sus súplicas en el zeloso ardimiento con que se interesaba en su culto, pero fueron en vano sus clamores, así como la repeticion de sacrificios que mandó hacer en el templo de Apolo. Apelló á Casto y Secundino, quienes olvidándose de sus injurias, como verdaderos discípulos de Cristo, le restituyeron la vista, con el fin de que creyese que era solo verdadero el Dios de los cristianos. Quiso el ingrato atribuir el prodigio á sus falsas deidades; pero los ilustres mártires le dieron á conocer que las estatuas mudas y sordas eran hechuras de los hombres, quienes son incapaces de conferir á sus obras divinidad, como ni tampoco poder, ni virtud alguna para semejantes maravillas.

Desvelábase el tirano buscando arbitrios para rendir á los esforzados militares de Jesucristo, y entre sus cabilaciones le ocurrió proponerles ¿si sacrificarian á sus dioses en el caso que hiciesen una milagrosa curacion? Aceptaron el partido los santos para demostrar con este motivo el ningun poder de los falsos dioses, y lisonjeándose el tirano de haber conseguido su intento, mandó que llevasen á un hidrópico al templo de Apolo, y que hiciesen sacrificio los sacerdotes gentiles. á fin de que sanase el enfermo; pero fué tan al contrario, que al presentarse los santos cayó en tierra la fingida deidad, sucediendo lo mismo luego que colocaron el simulacro segunda vez en su trono, de quien burlándose los ilustres mártires, sanaron perfectamente al hidrópico en el nombre de Jesucristo.

Temeroso el tirano de alguna sedicion en el pueblo, declarado en favor de los santos en vista de las repetidas maravillas que obraba Dios por medio de sus siervos, delegó la causa á su teniente con particular orden de que los obligase á sacrificar á fuerza de exquisitos tormentos. Aceptó el teniente la comision; y en su cumplimiento, como no produjese efecto la primera diligencia de perversion, mandó ponerlos en un cepo de presos, atormentarlos allí hasta que negasen al verdadero Dios, y creyesen por tales á los idolos. Pero orando los santos, se levantó de repente tal tormenta, que huyeron los verdugos, y bajando del cielo un ángel del Señor, los puso en libertad.

Convencido el teniente en vista de aquel prodigio y de los que tenia ya oídos, que de nada aprovechaba el poder de sus dioses para rendir á los ilustres confesores de Jesucristo, en quienes visiblemente se dejaba conocer que obraba una virtud superior; les confesó ingenuamente que, á no temer la ira del emperador y la de su presidente, creeria en el Dios de los cristianos, autor de tan estupendas maravillas. Hicieronle ver los santos cuánto perjudicaban estos respetos humanos á su eterna salvacion; y convencido, les ofreció convertirse, siempre que sanasen á un hijo que tenia paralítico. Para que conozcas, le dijeron los santos, cuánta es la virtud de nuestro Señor Jesucristo, ve á tu casa, y dí al enfermo: *En el nombre del Dios, que predicán Casto y Secundino, levántate sano.* Hizolo así el teniente, y al momento recuperó la salud apetecida el paralítico, por cuyo milagro se convirtió este con su padre y toda la familia, y otros muchos gentiles.

Supo el presidente Curbo el inesperado suceso de su teniente, y mandando conducirlo á su presencia preso con los santos, á quienes amenazó de nuevo diciendo que ordenaria apedrearlos, si dilataban por mas

tiempo sacrificar á los dioses romanos. Despreciaron Casto y Secundino con igual valor que en las ocasiones antecedentes aquel castigo, el cual puesto en ejecucion, los cubrieron de piedras los ministros gentiles en un campo adonde fueron llevados á este efecto; pero al siguiente dia se presentaron al tirano sin lesion alguna, para que conociese por aquel prodigio, ya que no por los anteriores, el poder del verdadero Dios, á quien adoraban los cristianos. Irritado mas Curbo con la nueva maravilla, mandó derretir plomo en una caldera y echar en ella á los ilustres confesores de Jesucristo; pero extinguido el incendio, salieron de aquel suplicio mas puros que el oro del crisol. Creyeron en Jesucristo innumerables paganos en vista de tantos y tan repetidos portentos, por los que convencidos que solo era verdadero el Dios que predicaban Casto y Secundino, amenazaron al tirano con la muerte, si no desistia de atormentarlos.

Temeroso el presidente de alguna sedicion del pueblo, ordenó volver á la cárcel á los santos, y dió parte de todo lo ocurrido al emperador, quien, sintiendo los progresos de Casto y Secundino con menzua conocida del poder de sus dioses, envió tropas á fin de que auxiliasen á las intenciones de su presidente, que, alentado con el refuerzo, insistió como nunca en que sacrificasen los mártires, para lo cual dispuso que fuesen conducidos al templo de Apolo; pero habiendo hecho oracion antes de llegar á él, pidiendo á Dios que le arruinase con todos sus simulacros para mayor confusion de los gentiles, se verificó así con efecto, quedando sepultado en las ruinas el tirano, con los demás que contribuyeron á la muerte de los ilustres confesores. Fué aquel dia de un grande luto para los paganos, que, resentidos de las desgracias que ocurrieron, se vengaron con decapitar á los santos, los cuales lograron por este

medio la apetecida corona del martirio en 1º de julio del año 306. Recogidos sus cuerpos por los fieles, fueron sepultados en Sinuesa, ciudad de Campania, que fué el lugar de su glorioso combate, segun señala el martirologio romano, bien que otros dicen lo fué Sesa en el arzobispado de Capua, entre esta ciudad y la de Gaeta, adonde se trasladaron sus reliquias, y se conservan en grande veneracion, acreditando Dios cada dia con repetidos prodigios la poderosa intercesion de sus fidelísimos siervos.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En el monte Hor, la muerte de san Aaron, primer sacerdote del orden Levítico.

En la Gran Bretaña, san Aaron y san Yulo, mártires, que padecieron despues de san Alban, en la persecucion de Diocleciano. Por el mismo tiempo y en el mismo país, un considerable número de personas, despues de haber sido atormentadas de varias maneras y desgarradas cruelmente, sostuvieron hasta el fin la terrible prueba, y llegaron á las moradas eternas.

En Malinas, el suplicio de san Romboldo, mártir, hijo de un rey de los Scotos de Irlanda y obispo de Dublin.

En Sinuesa, san Casto y san Secundino, obispos y mártires.

En Viena, san Martín, discípulo de los apóstoles.

En Clermont en Aubernia, san Gal, obispo.

En tierra de Leon de Francia, la muerte de san Domiciano, abad, el primero que hizo en aquel país una vida eremitica, formando una reunion de muchas personas para el servicio de Dios. Habiéndose esclarecido con grandes virtudes y brillantes milagros, subió á las celestes mansiones al cabo de una edad muy avanzada.



En tierra de Reims, san Tierri, presbítero, discípulo de san Remigio, obispo.

En Angulema, san Cibar, abad.

En Emesa, san Simeon, confesor, apellidado Salo, el cual aparentó ser insensato por Jesucristo pero Dios descubrió su alta sabiduría con grandes milagros.

En Viena, san Tibaldo, ermitaño, que fué canonizado por Alejandro III.

En el país de Retz de Bretaña, san Lupiano, que murió la semana misma de su bautizo.

En Maine, san Hilario de Oise, confesor.

En dicho lugar, san Calais, abad del celeberrimo monasterio de que fué fundador.

En Ruerga, san Florez, confesor.

En Bretaña, san Leonoro, obispo, discípulo de san Ilfut, que habia sido instruido por san German de Paris.

En la Motte-Merion cerca de Saint-Didier, diócesis de Rennes, san Golvino, obispo de Leon, luego solitario.

En Denain, santa Reina, esposa del beato Adelberto, conde de Ostrevant, madre de santa Refroia.

En Mayenza, san Arnuldo, arzobispo, que fué muerto por los vecinos de aquella ciudad.

En Acuello en Castilla, san Simeon, labrador, cuyo cuerpo es venerado en el mismo pueblo, en una capilla de la iglesia de san Jorge.

*La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la siguiente.*

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Simeonis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad del beato Simeon, tu glorioso confesor, para que consigamos por la intercesion del que tanto te agradó, lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 4 de la primera que escribió el apóstol S. Pablo á los Corintios.*

Fratres : Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo : nos infirmi, vos autem fortes : vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis caedimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris : maledicimur, et benedicimur : persecutionem patimur, et sustinemus : blasphemamur, et obsecramus : tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, haec scribo ; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos : Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo : nosotros débiles, y vosotros fuertes : vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos : somos maldecidos, y bendecimos : padecemos persecucion, y tenemos paciencia : somos blasfemados, y hacemos súplicas : hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos míos muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« *Espectáculo* significa propiamente un objeto extraordinario que suspende, llamando la atencion » y la admiracion de los concurrentes. En este sentido así los apóstoles como los demás santos fueron » *espectáculo* al mundo, á los hombres y aun á los » ángeles mismos, suspensos todos y admirados en » vista de lo que hicieron y padecieron por Cristo. »